

Los relatos territoriales de las urbanizaciones privadas



SANTIAGO COLOMBO

Universidad Nacional de Quilmes

Resumen

Reconocer al espacio geográfico como una construcción social e histórica permite dar cuenta de diversas relaciones de poder que se ponen en juego, y ellas como expresiones de deseo de los sujetos. Efectivamente, la forma en que se organizan los territorios obedece a sistemas de representación social que van “escribiendo los conurbanos” o dándole –en términos de Roland Barthes (1985)– un “lenguaje a la ciudad”. Basándonos en ello, a lo largo de este trabajo, se pretende analizar cómo se construyen aquellos relatos desde la mirada de los habitantes de los barrios privados del Gran Buenos Aires. En la introducción del trabajo se propone entender las urbanizaciones privadas como espacios exclusivos que expresan una segregación social, una fragmentación urbana y se constituyen como “incubadoras de un estilo de vida” que refuerzan permiten narrar la ciudad de una forma particular. Esta manera de relatar la ciudad implica una inscripción cultural en el territorio que se analiza desde diversos aportes teóricos y, a partir de las palabras de una pobladora del *country* Nordelta, se propone pensar los discursos de las ficciones de estos conurbanos contemporáneos. Finalmente, se invita a pensar cómo la hospitalidad, la ciudad y los signos van entramándose en el territorio para leer las ciudades que, a partir del neoliberalismo de los noventa, empezaron a configurar nuevos conurbanos.

Introducción

El paisaje urbano del Gran Buenos Aires se ha ido modificando con el correr de los años y, en particular, desde la instalación de las urbanizaciones privadas. Los *countries* y las diversas formas de barrios cerrados que desde la década de 1970, y con su auge en la época neoliberal de los noventa, constituyen una clara manifestación de las transformaciones sociales de la época como expresiones puntuales de los relatos territoriales.

Estas urbanizaciones se originan como respuesta de ciertos sectores de la sociedad a “la percepción de inseguridad en los mapas subjetivos de la ciudad imaginada” (Badenes, 2007: p. 6) y se presentan como expresiones espaciales que, en términos de Segura, “funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a la dimensión moral y organizan las relaciones entre los actores en clave de nosotros-otros” (2012: p. 117).

Por otro lado, los discursos publicitarios inmobiliarios explotan esta construcción del paisaje urbano centrado en una segregación. Si bien las ciudades se planifican y cargan de imágenes como planos y diagramas, los discursos mediáticos imaginan el sentido de la vida urbana multiplicando las percepciones individuales y colectivas. De esta manera se configura el territorio en un texto que puede ser narrado y “donde cada habitante se reconoce y reconoce a los otros, diferenciando referentes espaciales, relacionales e históricos que pueden ser compartidos” (Carballeda, 2015: p. 2). Es por ello que las urbanizaciones privadas se publicitan como modos de vida alternativos, o “incubadoras de un estilo de vida”. La nominación del territorio exclusivo delimita aquello que la arquitectura materializa como “incubadora” a través de formas defensivas: cercos, rejas, barreras y murallas que separan con una fisonomía hostil a la ciudad de este barrio.

Roland Barthes sostenía:

que “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad [...] solo con habitarla, recorrerla, mirarla. Sin embargo, el problema consiste en hacer surgir del estadio puramente metafórico una expresión como *lenguaje de la ciudad* (1985: p. 261).

Ese “lenguaje de la ciudad” ha incorporado nuevas voces o relatos a través de la proliferación de urbanizaciones privadas. Por ello, este trabajo pretende identificar aquellos elementos que construyen los relatos territoriales en torno a las urbanizaciones privadas a través de los discursos de los mismos habitantes.

Las urbanizaciones privadas como un orden de representaciones en el territorio

La apropiación y construcción de un territorio constituye un proceso fundamental de experiencia social y con ello, la configuración de la identidad propia, ya que los territorios son únicos y con características particulares. De hecho, todo espacio está socialmente construido y modificado a lo largo de los años mediante la tecnología y en función de los elementos naturales presentes en el espacio. Por ello Giménez plantea que “el territorio constituye por sí mismo un espacio de inscripción de la cultura y, por tanto, equivale a una de sus formas de objetivación” (1996: p. 14).

Si una organización territorial se configura como representación de la cultura, podemos decir que surge de conflicto entre la soberanía y responsabilidad de los sujetos, de la tensión entre un nosotros y un otro sobre la que se despliegan las preguntas sobre la hospitalidad. Tal como sostiene Jesús Martín-Barbero:

La ciudad ocupa hoy un lugar estratégico en el cruce de los debates teóricos con los proyectos políticos, de las experimentaciones estéticas y las utopías comunitarias. Lo cual nos está exigiendo un pensamiento nómada, capaz de burlar los compartimentos de las disciplinas y convocar los diversos lenguajes de las ciencias y las artes, confrontar la índole de los diferentes instrumentos teóricos, descriptivos, interpretativos, e integrar saberes y prácticas: la comunicación con el drama urbano, la música con el ambiente y el paisaje, la arquitectura con los trayectos y los relatos, el diseño con memoria y la ciudad (Martín-Barbero, 1987: p. 64).

Pensar la creación y reinención urbanística de los barrios cerrados es entonces un proceso socio-cultural que evidencia las biografías y se basan en las experiencias de los sujetos, la noción de comunidad de estos sectores de la sociedad los agrupa en virtud de esa imagen. Por ello, Appadurai (2001) refiere a la construcción de la subjetividad desde la comunicación, las migraciones y la imaginación; así define el término “cultura” como aquel que

parece privilegiar las ideas del *estar de acuerdo, estar unidos y de lo compartido por todos* que sobrevuelan frente al hecho del conocimiento desigual y del diferente prestigio del que gozan los diversos estilos y formas de vida, y parece desalentar que prestemos atención a las visiones del mundo y la agencia de aquellas personas y grupos que son marginados o dominados (p.14).

Los relatos territoriales en las urbanizaciones privadas

Tal como Mc Laren (1998) plantea “el lenguaje proporciona las auto-definiciones con las que las personas actúan, negocian diversas posiciones subjetivas y emprenden un proceso de nombrar y renombrar las relaciones entre ellas mismas, los otros y el mundo” (p. 49). Es que los sujetos dan sentido a la realidad social por medio del lenguaje, que “siempre está repleto de un espectro de discursos sostenidos por intereses materiales y formas de poder social” (p. 49), y, de esta manera, se constituyen en sujetos de las comunidades exclusivas. El frotalecimiento de la identidad desde el lenguaje pone en discusión el carácter de soberano del territorio y habilita una relación de hospitalidad que analiza Jacques Derrida (1997).

La lengua como hospitalidad no es otra cosa que la transgresión de la ley. Buscar el común del lenguaje como lo común entre un otro y un yo supone la irrupción sobre las condiciones del soberano “la exposición a lo otro del otro, a lo inesperado, pone al descubierto el carácter artificial y el caos que habita en la construcción política de toda nación, que no tiene nada de ‘natural’” (Derrida, 1997: pp. 38-39). Es entonces donde la desconfianza y el tolerar al huésped se torna en un desdibujamiento de los límites que distinguen al amigo/enemigo, seguridad/amenaza, cercano/lejano, adentro/afuera y con ello, la reacción déspota del anfitrión.

¿Cómo se evidencia en los territorios y relatos que se construyen a partir de las urbanizaciones privadas? Sirva como ejemplo concreto la noticia viral que surgió hace unas semanas de un audio que envió a través de una red social una vecina de un barrio privado, denominada por los medios como la “cheta de Nordelta”.

Algunas frases textuales del audio son:

Te cuento Michelle, yo soy una cirujana, una mujer normal, pero tengo determinados códigos de estética visual y de estética moral. Te lo digo a vos porque me caíste genial, porque sos una divina. [...] La gente no se ve mala, pero se ve que es gente que viene de barrios visualmente no muy buenos. Me molesta ver un grupo de gente que lleva al perro a la pileta como si estuviéramos en la Bristol de Mar del Plata. [...] Quiero descansar visualmente, me molesta que estas bestias, porque son bestias, no tienen educación, toman mate, tiran la yerba, estaban reunidos con el perro que gritaba cerca de la pileta. Una cosa de cuarta categoría, de la Bristol de Mar del Plata. Quiero decirte que no soy Máxima Zorraquieta (Zorraquieta) la reina de Holanda, soy una mina normal (La Nación, 2017: párr. 2-5).

Claramente, el desdibujamiento del rol soberano que tenía la habitante del *country* suponía una amenaza frente a otros (también vecinos del mismo barrio), que interpelaban su propia identidad. La posibilidad de diferenciarse desde el lenguaje propio del *country* no estaba clara en términos de unidad y asimilación para unos y otros. Porque como dice Néstor García Canclini (1997), sostiene que además de reunir casas y parques, calles y señales:

, “las ciudades [y estos centros urbanos cerrados] se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y la televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas (p. 109).

El barrio privado como territorio es “apropiado subjetivamente como objeto de representación y de apego afectivo, y sobre todo como símbolo de pertenencia socio-territorial” (Giménez, 1996: p. 15) y, para esta habitante del *country*, esa apropiación simbólica le permitía construir un relato ficcional o imaginario donde los perros y el mate no existen.

Conclusiones

Los barrios cerrados como expresiones territoriales de segregación social en la configuración urbana son evidencia de los cambios de época que atravesamos desde hace varias décadas. No solo ponen al descubierto o plasman en la materialidad las diversas luchas de poder que se dan en la sociedad misma, sino que constituyen un entramado donde la hospitalidad se libra en tanto un yo y un otro del sistema cultural. Discursivamente podemos recuperar los postulados de Laclau –que analiza Mayorga– quien considera

“lo discursivo como prácticas significantes es el ámbito de constitución de lo real; nada se constituye fuera de él, existe una plena identidad de naturaleza entre la construcción social y el discurso. En virtud de esta primacía absoluta del lenguaje, Laclau sostiene que lo discursivo no es ni un nivel ni una dimensión, sino que es “coextensivo” a lo social y, como tal, la condición misma de toda práctica social (Mayorga, 1983: p. 560).

Es así que las urbanizaciones privadas constituyen en las órdenes de representación social y, por tanto, un proceso sociocultural “híbrido” en el que se generan nuevas estructuras, objetos y prácticas individuales y colectivas; pero que a su vez –en este marco global– “no solo integra y genera mestizajes, [sino] también segrega, produce nuevas desigualdades y estimula reacciones diferencialistas” (Gracia Canclini, 1997: p. 121). Pues se sigue privilegiando con esta reinvencción, o “hibridación” la hegemonía social en términos a los que refiere Laclau (1987) como:

“un tipo de relación política y no un concepto topográfico, está claro que tampoco puede ser concebida como una irradiación de efectos a partir de un punto privilegiado. Podríamos decir, en tal sentido, que la hegemonía es esencialmente metonímica: sus efectos surgen siempre a partir de un exceso de sentido resultante de una operación de desplazamiento (p. 185).

En vista de ello, quienes producen y habitan estos territorios (como todos los sujetos sociales) se constituyen “en las prácticas sociales diversas –ideológicas, políticas, económicas, jurídicas, etcétera– entre las cuales la ideológica atraviesa de lado a lado este proceso de constitución mediante el ejercicio de interpelación” (Buenfil Burgos, 1992: p. 112) con una característica particular dada por la “hibridación” que mencionaba García Canclini.

El relato territorial, entonces, se va construyendo a partir de una dualidad de intereses: el de construir una comunidad y, a su vez, el rompimiento o transgresión de las normas. No solo por parte de quienes allí habitan, sino de quienes también venden los terrenos para configurar “nuevos soberanos” de una hospitalidad pretendida imaginada.

Finalmente, y desde donde pueda analizarse en términos sociales, podemos reconocer que las transformaciones sociales contemporáneas dejan huellas poco definidas más allá de los cercos perimetrales de un barrio. Tal como decía Zygmunt Bauman: “En este espacio planetario global, ya no se puede trazar un límite tras el cual pueda uno sentirse verdadera y absolutamente a salvo. En este mundo agotado, somos todos residentes permanentes sin otro sitio a dónde ir” (2004: p. 22).

Referencias bibliográficas

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Badenes, D. (2007). Comunicación y ciudad: líneas de investigación y encuentros con la historia cultural urbana. *Question/Cuestión*, 1(14), 1-14. Recuperado de: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/354>
- Barthes, R. (1985). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Buenfil Burgos, R. (1992). *El debate sobre el sujeto en el discurso marxista: notas críticas sobre el reduccionismo de clase y educación*. (Tesis de maestría/doctorado). Instituto Politécnico Nacional, México.
- Carballeda, A. J. M. (2015). El territorio como relato. Una aproximación conceptual. *Margen. Revista de Trabajo Social*, 76. Recuperado de: <https://www.margen.org/suscri/margen76/carballeda76.pdf>
- Carman, M., Vieira de Cunha, N. y Segura, R. (Coord.) (2013). *Segregación y diferencia en la ciudad*.

- Quito: FLACSO / CLACSO / Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- Derrida, J. (1997). *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*. Traductor Pons, H. Manantial: Buenos Aires.
- García Canclini, N. (1997). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. En *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, II(4), 9-30.
- Laclau, E. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- La Nación (2017). Por qué todos hablan de la “cheta de Nordelta” en las redes sociales. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar/2080431-la-queja-por-el-mate-la-reposar-y-el-perro-que-se-volvio-viral-y-de-la-que-todos-hablan>
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gili.
- Mayorga, R. (1983). Discurso y constitución de lo social: El enfoque lingüístico de Laclau. *Estudios sociológicos*, 1(3), 555-575.
- Mc Laren, P. (1998). *Pedagogía, identidad y poder en el multiculturalismo*. Rosario: Homo Sapiens.
- Ortiz, R. (1996). Espacio y territorialidad. En *Otro territorio*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Segura, R. (2012). Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en la periferia de La Plata. *Revista Quid*, 16(2), 106-132.